

Víctor Sampedro Blanco (en imprenta)

**“Ciberactivismo: Estrategias de futuro en clave de presente (sin olvidar el pasado)” En
VV.AA. *Manual de ciberguerrilla*. Virus: Barcelona.**

“El Occidente, drogado de devenir, inclina su presente hacia el futuro y nos fuerza a todos a entender que, para responder a su desafío, debemos combatirlo en el terreno que ha elegido: el presente”. (Fátima Mernissi, *El harén político*)

Curro Jiménez abrasó de ardor guerrillero nuestras infancias o (me temo que más bien) los limbos prenatales de quienes lean este libro. Hay en la universidad quien se entretiene analizando esa serie de televisión como revitalizadora del mito de la España anti-napoleónica: la que expulsó al “invasor extranjero” y logró la Independencia. Todo falso. La guerra contra Napoleón implicaba eliminar al “enemigo interno”, al afrancesado liberal, sometiendo la soberanía popular a los Borbones y la ética a las sotanas trabucaires. Pero recuperar ese mito servía para sublimar el imaginario colectivo en los tiempos en los que se emitía *Curro Jiménez*. Los años de la Transición: tan necesitada de justificar la continuidad borbónica en la Jefatura del Estado y el nacionalcatolicismo en las costumbres. Pero esto es un rollo del pasado... la ciberguerrilla pertenece al futuro.

Este libro invita a que los cibernautas se transformen en ciberactivistas elaborando otra mitopoiesis con Curro, el Algarrobo y el Estudiante. Lo de la mitopoiesis no tiene nada que ver con el órgano sexual masculino (se lee, mitopollesis), aunque a veces se resume en persuponer que “la tenemos más larga que nadie”. La mitopoiesis consistiría en fabricar imaginarios de actores y acciones que sirvan a la emancipación individual y colectiva. El peligro es que encubre a quienes inventan el mito y que encubra la realidad, la falsee, imponiendo de paso nuevas jerarquías (no van a quedar mal parados quienes cuentan el cuento). “El sueño de la razón produce monstruos”, escribió y dibujó Goya, un exiliado de la guerra y las guerrillas de Curro Jiménez, a quien esta vez alguien sí retrató con todos sus Horrores.

Echar mano de la mitopoiética resultaría un ejercicio tan lúdico como banal. Evocaríamos las correrías serranas de la banda de Curro, que encarnaría una revolución tecnológica bastante parecida a la ciberguerrillera. Los bandoleros pasaban, capítulo tras capítulo, del garrote y la faca en la faja, al mosquetón y a la artillería que mangaban a los gabachos. Los aguerridos patilleros transitaron de la hoja de metal, que abate al enemigo que te mira a los ojos, al arma de fuego, que permite eliminarlo sin ser siquiera visto, emboscado tras un peñasco. ¿Se pilla el ejercicio metapoiético? De la acción directa a la virtual... de la guerrilla bandolera a la cibernética... Nosotros también nos apropiaremos del arsenal de Bill (Vil) Gates y “desde dentro” romperemos el código de Mátrix, o el de Da Vinci, si hace falta, y bla, bla, bla... Y ja, ja, ja, que no nos pillan.

La suerte de los tres principales protagonistas de la serie podría resultar clarificadora del peligro que conllevan las jerarquías mitopoiéticas. Los mitos necesitan héroes; siempre

desmentidos por los seres de carne y hueso sobre los que se inventa el relato. Las máscaras de quienes lo interpretan expresan también su valor en el mercado de los imaginarios colectivos. Dicho más claramente, en *Curro Jiménez* había tres héroes indiscutibles. Estaban el Jefe, Curro, y su acólito más “preparado”, llamado (claro está) el Estudiante. Los actores que encarnaban ambos papeles aparecen ya sólo en las pantallas de cine representando a mafiosillos de tres al cuarto. El Estudiante, en concreto, hace en la serie *Cuéntame* de especulador inmobiliario y empresario franquista, habiéndose perfilado también como maltratador de exfolclóricas. ¿Será este nuestro fin como ciberguerrilleros? ¿Montaremos algún negocio fraudulento de la e-economy o acabaremos acusados de ciberpederastia? ¿Y El Algarrobo? ¿Alguien sabe qué es lo último que hizo para la tele o el cine? ¿Su garrulismo tecnológico le ha impedido “progresar adecuadamente” y de ahí su invisibilidad? ¿Será este el destino de quien no se sume a nuestras filas o maneje aún software obsoleto?

Conste que esta especie de prólogo no pretende pontificar sobre la valía de las intervenciones y las tácticas ciberguerrilleras. Tampoco quiere herir más sensibilidades de las necesarias. No vaya a ser que abortemos “las subjetividades revolucionarias, embrionarias y reticulares...” que puedan leernos. Que vaya usted a saber qué ocurriría si cada lector actuase como un guevarista de Internet, practicando foquismo telemático al menos media hora al día desde el ordenador de la gran (o ridícula) corporación para la que trabaja, pero haciéndole la Pascua. Nada más reaccionario que un agorero de lo que todavía no se ha intentado.

Sin embargo, para disfrutar de cualquier recetario (y este libro pretende serlo) hay que reconocer qué es lo que se cocina y – sobre todo - para quien. No vaya a ser que al final lo que montamos sea el tres estrellas Michelin del activismo más guay y no un comedor autogestionado para analfabetos funcionales de la Red, como yo... o casi. Pues reconozco mi escasa competencia informática. Apenas me da para procesar textos, intercambiar correos y surfear (bastante temblón y acojonadillo) por Internet.

Los argumentos que aquí esgrimo parten de unas cuantas lecturas sobre la materia y reflejan esa indigencia tecnológica, nímia si se compara con la de tantos y tantas para los que un ratón es sólo un bicho, una amenaza para la cosecha, un compañero de miseria. Desde mi ignorancia (y opulencia), agradezco haber leído este libro: ahora creo saber más y poder hacer más. Necesito, sin embargo, recordar lo que ya sabía, para que no se me vaya la olla. Literalmente, para que no acabe creyéndome un gourmet ciberbandolero. Por tanto, que ninguno de los autores se dé por aludido en exclusiva y todos (yo el primero) en general.

Primer toque: La tecnología es neutra; sobran, por tanto, el optimismo y el pesimismo exacerbados. Segundo toque: Una nueva tecnología pasa *siempre* por una crisis de control, que acaba siendo superada, también *siempre*, por los usos institucionales (del poder) y las prácticas cotidianas (de las gentes) que terminan “normalizando” esas tecnologías, domesticándolas. Tercer toque: La ciberguerrilla (como cualquier otra forma de contestación y resistencia) o teje comunidades libres e interpela al poder (las dos cosas) o es (en el mejor de los casos), una guerrilla de mentirijilla, mera pose revolucionaria: fuegos fatuos para fatuos activistas, pagados de sí mismos y de sus arsenales.

Sueños y pesadillas

Un nuevo espacio público surgió cuando la computadora aumentó las capacidades de procesar, almacenar y generar información desde el hogar. La posterior interconexión de los ordenadores en Internet hizo posible transmitir conocimientos, generados y debatidos, por y desde infinitos polos. La comunicación resultaba, por fin, horizontal, interactiva, reticular, anónima, muy económica, con una difusión potencial ilimitada y en tiempo real. Ante tal sucesión de adjetivos era lógico que entrase el vértigo y surgieran dos discursos antagónicos clásicos, que se repiten a lo largo de la historia con cada novedad técnica. Por una parte están los optimistas que saludan los cambios y se las prometen más felices y plenos que nunca. Por otra, nunca faltan los pesimistas, que abominan de toda novedad y no encuentran su sitio en el nuevo escenario tecnológico, a no ser como plañideras del pasado o víctimas propiciatorias del futuro.

Los optimistas destacan que la Red potencia las posibilidades individuales y los horizontes de emancipación colectiva. En los años 70 del siglo XX se acuñó la “Sociedad de la Información y el Conocimiento” donde la opulencia mediática y tecnológica habría transformado las bases sociales e, incluso, las estructuras del poder. Más tarde Internet remozó el vocabulario con la nueva palabra fetiche “Sociedad Red”. La interconexión y la descentralización alcanzaban su apogeo. Se acababan los monopolios sobre el saber y su transmisión. Asistíamos al advenimiento del conocimiento colectivo, sin dueños ni fronteras... la autogestión y la autodeterminación individuales acabarían socializadas en una sociedad caracterizada por el dinamismo y la innovación...

Ante tal despliegue retórico, los pesimistas del ciberespacio también visten dos paños, según se apunten a la crítica posmoderna o a la moda retro. Inspirados por Foucault, ciertos agoreros mentan la pesadilla de una “Sociedad Panóptica” (que todo lo ve). La arquitectura comunicativa de Internet reproduciría un modelo de control social semejante a las prisiones donde el carcelero, sin moverse de su garita, vigila celdas casi transparentes, sin resquicio para la intimidad o el secreto del prisionero. Si para los optimistas la pantalla de ordenador es la plataforma desde la que proyectan sus sueños emancipadores, para los panópticos representa una cámara de seguridad, la mirilla a través de la cual el Poder nos disciplina, con la amenaza de registrar o reventarnos el disco duro. La versión retro de la mirada pesimista hacia las nuevas tecnologías es “la Cloaca de Internet”, considerado como caos “anárquico y anarquizante” (por supuesto), sin criterio de verdad ni moral que valgan. “Los grupos radicales y violentos” en lo político y la pornografía y la pederastia en lo moral son los chivos expiatorios que en los medios y en la calle alimentan estas admoniciones. La multiplicación de los controles legales y paternos del medio es su corolario.

En suma, que los optimistas creen habitar un supermercado tecnológico, donde ejercen como soberanos, en el plano del consumo y de la producción. Su fuerza “mitopoiética” es mucha, porque hasta ahora la soberanía comunicativa residía en elegir una cadena de televisión entre muchas. Ahora, se nos promete, interactuar con los mensajes, producir y generar otros nuevos a gran escala y con enorme impacto. No es extraño que este discurso arraigue entre quienes tienen mayor capacidad de consumo tecnológico, de inversión empresarial y de visibilidad social. Es una teoría de soberanos y para soberanos. Por eso

triunfan en una e-economy (corporativa o alternativa, qué más da) que se desinfla cada dos por tres. Por eso la realimentan cada cierto tiempo desde las mejores tribunas mediáticas.

Los pesimistas, como en tantas otras ocasiones, no sólo pecan de realismo, sino que tienden a la vagancia derivada de su fatalismo. Sus argumentos promueven la inactividad, la parálisis. Aciertan cuando esgrimen la proporción de la población mundial que ni siquiera tiene acceso telefónico; y más aún cuando, dentro de esa población excluida, recuerdan la proporción mayoritaria de gentes del sur, de mujeres. Vuelven a dar en el clavo señalando que los desarrollos empresariales y legales de Internet apuntan a todo, menos a la esperanza. Pero se equivocan si no abren los ojos y las orejas para percibir en qué medida se ha ampliado el abanico de proyectos de cambio social profundo y la posibilidad de conectarlos entre sí. Nunca como ahora se han escuchado tantas voces, ni tantos coros. Otra cosa es lo que canten y nuestra capacidad de atender y entender.

En el fondo, los dos polos de este debate carecen de sentido. Son percepciones selectivas de las posibilidades y los límites de la tecnología, la cual, lejos de encarnar un modelo social en sí misma, es neutra: su bondad depende de sus efectos y, por tanto, de quien los decida. Dicho de otra forma, una tecnología no es nada más que un conjunto de dispositivos asociados a unos procedimientos, que incrementan la eficacia y la eficiencia. La eficacia reside en alcanzar los fines propuestos. La eficiencia consiste en lograr dichos objetivos con el mínimo coste y el máximo beneficio. A estas alturas, debiera resultar obvio que evaluar las NTIC – nuevas tecnologías de la información y la comunicación - presupone determinar para qué objetivos se emplean y quién demonios se beneficia de ellas. La respuesta es diferente en Finlandia y en Sudán. ¿Por qué?

Crisis de control tecnológico, ¡y que nos dure!

Toda nueva tecnología es dirigida hacia unos fines y acaba siendo asociada a unos costes sociales. La asignación de costes y beneficios depende de la actuación de las instituciones y cómo la utilicen los ciudadanos desde su casa (o en la calle). Los poderes económicos y políticos, el Mercado y el Estado, determinan en gran medida quienes y para qué se emplea una tecnología. Consideremos por un momento la televisión. Por una parte, las cuotas de audiencia y el mercado publicitario, y, por otra, las políticas estatales y de licencias determinan la oferta televisiva. Pero también importan las prácticas de uso y consumo de la población. Lo que la gente hacemos con la televisión. En la serie *Cuéntame*, por ejemplo, sube la audiencia vasca y catalana cuando se tratan temas de conflicto político. Como no son mayoría, los productores de la serie no pueden “meter más caña”. Si sumamos a esto la penuria de la producción audiovisual independiente, el control político de las cadenas y la desmemoria histórica de los españoles, podemos entender por qué TVE no ha servido - como en la mayoría de países que sufrieron dictaduras, Finlandia incluida – para revisar el pasado reciente... sino para sublimarlo... Algo que ocurre en el Estado Español desde que se emitió *Curro Jiménez*.. mejor dicho, desde la misma creación de TVE como botín de guerra (“la Civil”).

Creo escuchar ya al lector tecnófilo: Internet no puede compararse con ningún medio precedente. ¿Por qué, entonces, se defiende con los mismos argumentos que toda nueva tecnología, que ha acabado por hacerse “vieja”? Vieja, en el sentido de no aportar ya nada

“nuevo”. Por ejemplo, la fotocopidora. El escritor alemán Hans Magnus Enzesberger, cuando era un extraparlamentario en los setenta (del siglo XX) argumentaba el enorme riesgo que encarnaba la fotocopidora, tanto para el estalinismo como para el capitalismo. Éste era sólo “un ejemplo”¹ de cómo

*Los nuevos medios están orientados hacia la acción, no hacia la contemplación; hacia el presente, no hacia la tradición. Su actitud hacia el tiempo es completamente opuesta a la representada por la cultura burguesa, la cual aspira a la posesión, esto es, duración y preferentemente eternidad. Los medios no producen objetos almacenables y subastables. Acaban por completo con la “propiedad intelectual”, es decir, la transmisión de capital inmaterial, específico de clase.*²

¡Jó! si con la fotocopia venía la debacle del Muro de Berlín (¡en el 72!) y el ocaso de Editorial Planeta (¡ídem!), ¿qué no pasaría con la tele en color? Así de perdidillos andaban por los setenta (del siglo XX). A la vista de que Hollywood filma las crónicas televisivas de la ocupación de Irak o de la liberación de rehenes chechenos y éstas dictan los editoriales de la prensa escrita no parece que se haya cumplido el pronóstico.

El propio Enzesberger, con su paso a la socialdemocracia y su empobrecimiento intelectual al estilo del *Reader's Digest*, nos revela algunas razones del fracaso de la fotocopidora. ¿Algún gobierno socialdemócrata aprobó alguna ley que permitiese la fotocopia libre a algún colectivo “desfavorecido” o de publicaciones con difícil distribución? ¿Las editoriales tienen como fin aportar originales a las casas de fotocopias o promover leyes como la que sugieren aplicar en las bibliotecas públicas: un pago adicional por cada persona que lea un libro? La industria y el poder se interesan bastante más en que compremos / votemos sus discursos que en escuchar los nuestros (esto último, en todo caso, para incorporarlos como propios). ¿Tienen razones institucionales para mantener una disposición diferente con las NTIC?

A los fines institucionales por antonomasia – hacer dinero y acumular poder -, se suman las prácticas sociales. Si una sociedad no ha generado comunidades con discursos propios y ganas de debatirlos, la fotocopia acaba neutralizada. Así ha ocurrido en la escuela y la universidad: dos supuestos centros de conocimiento. Los padres de la patria y sus leyes educativas, los padres de los estudiantes y sus AMPAS (sin hache), junto con los maestros han convencido a los estudiantes de que la fotocopia es una tecnología especialmente eficaz y eficiente sólo para aprobar los exámenes. De ahí el recurso generalizado a la fotocopia en el mes de mayo, no ya de libros, sino de los apuntes del empollón. Por lo que respecta a los profesores, afortunado es el centro que cuenta con alguno que de vez en cuando fotocopia y pincha en el corcho algún chiste o artículo de periódico. O sea, que precisamente en los “centros del saber”, la fotocopia sirve, sobre todo, para difundir apuntes al dictado y chascarrillos mediáticos.

De nuevo se siente, se presiente, incómodo al cibernauta que cuestiona la comparación con la fotocopia (que garantizaba la reproducción ilimitada de los mensajes) y con la televisión

¹ Enzesberger, Hans Magnus. 1972. *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama, pp.16 y 17.

² *Ibidem* pp.28 y 29.

(que brindaba el acceso “universal” y en tiempo real a todo lo imaginable, sin requerir la alfabetización escrita). Remontémonos, entonces, a la máquina de vapor y al telégrafo. Porque quizás estemos asistiendo a lo que se conoce como una *crisis de control tecnológico*. Toda nueva tecnología plantea retos a las instituciones y a las gentes, de modo que pasa por periodos de descontrol. La potencia tecnológica aún no está del todo encuadrada en unos fines económicos, políticos o sociales. De este modo, el Estado y el Mercado se ven incluso cuestionados temporalmente por una vanguardia de usuarios que, aunque siempre se ha nutrido de los grupos sociales dominantes (hombres, propietarios – al menos de recursos tecnológicos -, con cierto nivel educativo o estatus social), plantean retos a quien gobierna y comercia. Formulan nuevos proyectos empresariales y políticos que cuestionan los tradicionales. Los optimistas tecnófilos se aferran a estos periodos y sueñan con que sean indefinidos. Pero con el tiempo esa vanguardia acaba trabajando en un sistema tecnológico que cierra los horizontes de emancipación, ajustándolos a las instituciones y a los grupos sociales privilegiados. Los pesimistas tecnófobos sienten y presienten esos procesos de control creciente.

El vapor supuso algo semejante a la digitalización, ya que ambas tecnologías permitieron trascender los parámetros de tiempo y espacio, comprimiéndolos y dotando a la comunicación de un alcance hasta entonces desconocido. El telégrafo hizo posible, por primera vez, la transmisión “inmaterial” de los conocimientos. Cuando ambas tecnologías se estaban implantando permitían numerosos actos de piratería y la formación de comunidades situadas, literalmente, en las fronteras del progreso social. Cuentan los historiadores que la desconexión entre la posibilidad de desplazarse con motores de vapor y de comunicarse mediante el telégrafo hacía posible convencer a las compañías navieras de que un barco – que por acaso se había derivado a otro puerto, para vender ilegalmente parte de la carga – había sufrido un percance, justificando así su demora y la pérdida parcial del flete. Las nuevas tecnologías favorecieron, durante un tiempo, el resurgir de una piratería marítima más sofisticada, con menos riesgos para los nuevos bucaneros³. Actuaban como hackers, que mientras simulan trabajar para la compañía que les paga el acceso a Internet realizan actos de reapropiación o sabotaje.

El telégrafo también disparó la creación de nuevas comunidades en el Oeste norteamericano. Las sectas religiosas y los grupos étnicos de inmigrantes vieron impulsadas sus creencias y valores por la inmaterialidad y la ubicuidad telegráficas, consideradas rasgos de un poder casi-divino, que ahora era disponible ahora para los humanos. Se instalaron así multitud de comunidades pioneras en la Frontera. Eran pioneras en el sentido geográfico, tecnológico y filosófico... como las cibercomunidades. Se llegó a argumentar que el vapor y el telégrafo, unidos, habían roto ya las fronteras entre los pueblos y los límites al desarrollo.

La unanimidad [entre las sectas religiosas] que, a primera vista, habría parecido sobrenatural se hizo posible gracias al telégrafo y la prensa. Estos congregaban y difundían “el ansia de la empatía cristiana, con los lazos de la gracia plena, entre multitudes reunidas simultáneamente en cada ciudad, uniendo de hecho la nación en una

³ Beniger, James R. 1986. The control revolution. Technological and Economic Origins of the Information Society. Harvard University Press. En las páginas 194 – 202 se detalla el despliegue de mecanismos de “control y feedback” desarrollados en EE.UU. entre 1780 y 1850 para acabar con tales desmanes

sola plegaria”. Y no por casualidad estas movilizaciones coincidieron con el Cable Atlántico [línea telegráfica transcontinental, entre Europa y EE.UU., claro], porque era portador de “la avanzadilla de la última victoria espiritual”. En los albores de 1858 por primera vez se hizo se vital para la imaginación de América el proyecto posible de una tecnología Cristianizada.⁴

La cita explica el trasfondo de los discursos de Ronald Reagan sobre el escudo nuclear de la “Guerra de las Galaxias” o los de la “Guerra preventiva” de G. W. Bush, basados también en la prepotencia tecnológica, que a su vez se esgrime como símbolo de supremacía civilizatoria. Discursos, de hecho, próximos a la exaltaciones de la Comunidad Universal de Todos los Santos Cibernéticos que circulan en boca de más de un gurú. Como apunta el repaso histórico, los sucesivos adelantos tecnológicos sirvieron para desarrollar ejércitos de masas y, sin ambos, sería inexplicable la Primera Guerra Mundial: la Gran Carnicería que inauguró y presagió las del siglo XX. Y las cirugías bélicas más recientes (atentados “selectivos” y la “guerra en red” contra el terrorismo) no parecen habernos evitado ni un ápice de barbarie.

Desde la revolución industrial hemos asistido a suficientes determinismos tecnológicos enajenados. Podríamos haber aprendido algo de tanto desafuero mitopoiético. Con un poco memoria, comienzan a aburrir (por reiterados e ilusos) los pronósticos de cómo el capitalismo lleva inserto sus potencialidades liberadoras o de auto-destrucción, encarnadas cada cierto tiempo en las tecnologías que desarrolla. El pionero que se sentía dios al telégrafo resultaba tan ridículo como el ludista que destruía las máquinas. Hoy en día sólo han cambiado de máscaras. Quizás fuese más fructífero considerar, desde la modestia y la serenidad, cómo podemos atemperar las mordazas institucionales y las convenciones sociales que ya funcionan como bozales de las NTIC.

Estos dos objetivos me parecen imprescindibles, si no queremos acabar aferrados al mito de una partida de lobos de Sierra Morena, deleitados en lamerse sus heridas. Y, de hecho, los usuarios de las NTIC más lúcidos no prescinden de ninguna de esas metas. Por una parte, se resisten a que los mecanismos de control político y económico de Internet sigan limitando su potencial liberador. Por otra, socializan las herramientas y los usos tecnológicos que escapan al poder. Arramplan con la LSI, intentan bloquear la red Eccelon y abren los web logs, los talleres de Linux a todo patillero (o pastillero) con ganas de bregarse. Por eso resultan tan incomprensibles ciertos comités editoriales en supuestas webs alternativas que actúan como censores, con jergas ignotas que ante todo blindan a quien las enuncia, ya que elevan las barreras para acceder al nuevo conocimiento... en fin, tantas prácticas de exclusión de la vanguardia cibernética.

Actuando en esos dos ámbitos de acción – el institucional y el social – sería posible extender – en el tiempo y entre la gente - la crisis de control tecnológico a la que asistimos. También son planos necesarios para disfrutar a tope esta crisis, mientras dure. Las tecnologías de la comunicación, como apuntábamos, transforman los espacios públicos y generan otros nuevos. Me refiero a lugares metafóricos – creados por todos los dispositivos comunicativos - donde nos juntamos en calidad de ciudadanos para debatir los consensos y

⁴ Perry Millar (1956), citado en Carey, James., 1989. *Communication and Culture*. Unwin Hyman, p. 17.

el devenir colectivos. Si Internet está generando un nuevo espacio público, la capacidad liberadora del mismo va a depender de nuestra habilidad para interpelar desde él al Poder – no sólo de forma simbólica - y para auto-organizarnos en redes no sólo virtuales, sino tejidas de carne y hueso.

Periferias que no se queden al margen

Me parece que estamos obligados a repensar un espacio público que responda a un proyecto de democracia radical: asentada en las raíces sociales y no en máquinas de vapor, postes de telégrafo o bits. Y, al tiempo, podríamos sopesar para qué fines y a quienes queremos que sirvan las NTIC. Lo que sigue sólo pretende abrir líneas de debate. Tómese, por tanto, más como un intento de reflexión que como los dogmas de una estrategia global. La reflexión sobre el nuevo espacio público y los límites de las NTIC es, ante todo, provisional (ya que dependen en gran parte de nosotros). Pero intentaré hacerlo al hilo de acontecimientos recientes, que se quieren zanjar con discursos optimistas y pesimistas bien ramplones. Me refiero a las movilizaciones del 13 de marzo, las concentraciones de desobedientes civiles ante las sedes del PP, en el día de reflexión previo a las Elecciones Generales del 2004.

Estos hechos han sido catalogados como “la inauguración de la era de las multitudes” (T. Negri) o como “flash mobs de miserables manipulados” (el PP). Optimistas y pesimistas, vuelven a la carga, imputando a las NTIC todo el poder de emancipación o de instrumentalización de la ciudadanía, vigilante o borrega, según el caso. Empecinados en adjetivar, nadie parece dispuesto a aprender de lo ocurrido y, en cambio, sí a pasar página (la firmada por unos pocos).

Entre la masacre del 11 de marzo y las elecciones del día 14, Internet y la telefonía móvil permitieron, respectivamente, romper el bloqueo desinformativo al que se plegaron los medios y coordinar ciertas acciones de desobediencia civil no violenta, primero en la manifestación oficial del día 12 (convocada por TODOS los medios convencionales de alcance estatal) y, después, en las contra-manifestaciones del día 13. Ignorar que desde la Red se minó el monopolio estatal de la información y que la versatilidad de las NTIC sirvió para coordinar acciones de denuncia y resistencia, supondría negar la posibilidad de volver a repetirlo. Ahora bien, el resultado fue la alternancia en el poder, pasando este a manos de otro partido moderado, cuyo líder no ha recibido otra exigencia que “No nos falles” y que se quiere mantener con un programa basado en “un cambio de estilo”. Ambas cosas son lo mínimo que se le puede exigir a un líder y lo mínimo que se le puede ofertar al elector. Respecto a la identidad colectiva de quienes se movilaron, no han sentido (con algunas notables excepciones) la necesidad de dar la cara o de impulsar un proyecto propio. Sin estos dos rasgos, entidad colectiva y demandas explícitas, la verdad, resulta difícil hablar del “nacimiento de un nuevo sujeto político”.

Estos hechos apuntarían a que la esfera pública de las NTIC es “periférica”, con escasas conexiones en la esfera pública “central”; es decir, la que gestionan los medios convencionales masivos y las instituciones del poder⁵. Además, las nuevas tecnologías parecen más apropiadas para coordinar eventos y movilizaciones que para consolidar

⁵ Conceptos desarrollados en Sampedro, Víctor. 2000. *Opinión pública y democracia deliberativa. Medios, sondeos y urnas*. Madrid: Icaria.

identidades colectivas. Esto es así porque las NTIC son más propensas a generar disensos que consensos. Y ello al menos por dos razones. La primera: La interacción virtual sustituye (y muchas veces elimina) la interpersonal, la única que confiere sentimientos de solidaridad y de responsabilidad compartidas. La segunda: El anonimato de los usuarios de las NTIC garantiza la menor implicación personal; pero de ahí, también, su capacidad de extensión y adopción por colectivos heterogéneos y muy amplios. Tal es esa capacidad que, en los dos días siguientes a las elecciones, el PP logró mayor visibilidad en los medios convencionales con las convocatorias de SMS en apoyo a sus líderes y para linchar simbólicamente a Pedro Almodóvar, que les acusaba de haber intentado dar un golpe de estado.

Se podría argumentar que la eficacia del PP – en términos de mensajes introducidos en la esfera pública central, la que llega a casi todos – fue muy superior a la de los desobedientes que se concentraron en la calle Génova el día 13, frente a los uniformados. De hecho, sus líderes quedaron como machos – véase a Acebes, “con un par” repitiendo la misma mentira meses después durante ocho horas ante la Comisión de Investigación del Parlamento y a Almodóvar pidiéndoles perdón al día siguiente de que se manifestaron en Génova contra él.⁶ Es decir, que después de la “trascendencia electoral” de las protestas del 13M todo lo dicho entonces, en la calle, en los foros de Internet, a través de SMS acabó resultando “periférico”. Otros, los que ocupan el centro (ahora también ideológico) se permitieron el lujo de debatir durante meses si un expresidente de Gobierno debe (incluso, si puede) comparecer ante la Comisión de Investigación del 11M, tras haber dictado titulares falsos de la autoría de ETA en el atentado. Lo mismo, los directores de los medios que acataron la orden. Y lo mismo la oposición: acusada por el PP de tramar una conspiración sin pies ni cabeza.⁷

Desde la inanidad de “nuestra” esfera pública alternativa (y la correlativa sumisión de la convencional al poder) se explica un debate colectivo tan falso – por mentiroso - y tan cutre – por limitado en su alcance - sobre el mayor atentado terrorista (subversivo) de la historia de Europa. Por cierto, que tanta teoría de la conspiración ha apagado las voces de las víctimas más vulnerables del 11M: los inmigrantes árabes cuyos cuerpos no se atrevían a reclamar sus familiares, por miedo a ser detenidos. ¿Se les pudo escuchar de forma digna – no sólo pidiendo o agradeciendo las ayudas oficiales - no ya en un diario, sino en alguna de “nuestras” páginas web? Porque en su nombre se organizó una manifestación a favor de la Constitución el día 12 de marzo. Aunque a los “sin papeles” la Ley de Extranjería – que el PSOE impugnó como anticonstitucional pero que piensa aplicar – les niegue cualquier derecho. Porque quienes convocaban la “manifestación constitucional” promueven también una Constitución Europea “cristiana”, que les defina como infieles. Porque en lugar de

⁶ Almodóvar, ya tenía callo en eso de pedir perdón, porque un año antes se lo había pedido al 90% de los españoles, cuando tras representarlos en la mayor manifestación antibelicista, se rajó al recoger el Óscar.

⁷ La teoría de la conspiración – ya no es privativa de la izquierda – la versión posterior al 11M afirma desde *ABC*, *La Razón*, *El Mundo* o la COPE que la policía engañó al partido que les mandaba y pagaba (y que, supuestamente, iba a ganar de nuevo las elecciones); además de torear durante tres días a los servicios de inteligencia extranjeros (con los que, supuestamente, colaboran en la Guerra Global contra el Terrorismo). Por primera vez en la historia de la “joven – pero bien constituida - democracia española” los uniformados de charol habrían mordido la mano que les alimentaba y habrían traicionado sus sagrados valores corporativos: lo del honor y el prestigio del Cuerpo y todo eso...

presuntos ciudadanos, son presuntos terroristas. Acúsenme, si quieren de demagogia, pero, por favor, ¿alguien sabe algo de ellos? Les pasa como al Algarrobo, ¿dónde están?

Una esfera pública democrática se define porque es el ámbito de la sorpresa, de lo inesperado. Nada resulta tan previsible como la (auto)censura del discurso prefabricado, una vez que se pone a funcionar. El éxito de toda táctica guerrillera reside en pillar por sorpresa al enemigo. ¿Creen ustedes que lo estamos logrando? Porque sorprender no debiera entenderse como dar la nota, en el sentido de dar el espectáculo. Bastante nos vemos y leemos ya en los medios convencionales haciendo el payaso (con el culo al aire o versión *Full Monty*) o haciéndonos los interesantes (versión artista-activista modernete).

Dar la nota, hoy en día, implica desvelar las mentiras del poder, enfrentándole las verdades censuradas sistemáticamente, por Sistema: el mismo Sistema que despliega crecientes controles institucionales y visibiliza sólo ciertas prácticas sociales para integrar la disidencia. Sorprender, *más allá* del espectáculo y el discurso, implica impactar, alterar la relación de fuerzas y los consensos de la opinión pública, entre las instituciones y la ciudadanía. Y eso se hace tejiendo plataformas y redes *más allá* del ámbito de lo virtual, de la periferia que tejen las NTIC. Ese Más Allá no es ningún paraíso tecnológico, sino el Más Acá que siempre hemos sabido que teníamos que trabajar: un espacio visible y audible, en las fisuras de los medios convencionales, de las instituciones y de las prácticas sociales. ¿O es que no queremos que los suplementos especializados, las políticas de innovación, las escuelas y las universidades acojan Linux como algo propio? Si tal cosa ocurriese, ¿no nos surgirían mil nuevas oportunidades de intentar cambiar los medios, la política y las formas de generar conocimiento colectivo? Como dice el EZLN, de nada sirve una guerrilla cuyo fin más alto no sea desaparecer. Retomando el símil de la insurgencia: desaparezcamos como el pez en el agua de la que se alimenta (como el maquis en el pueblo que le apoya).

Una vez más (y ya la última), si hablamos de abrir “zonas temporalmente autónomas” en la Red, no debiera ser para que acaben convertidas en un nicho de mercado – por alternativo que sea -, ni en las sedes de una vanguardia carente de crítica ni autocrítica. Sino para sacarlas a la calle, en sentido literal: las calles de enfrente de las embajadas, las sedes de los partidos y los parlamentos, los kioscos de prensa, las ondas de radio y televisión... Y tampoco nos vamos a engañar sobre nuestras posibilidades de éxito. Aprendamos de nuestras derrotas: Curro fue también el nombre de la mascota del 92 (un pájaro que, a pesar de su cresta multicolor, hoy resulta inaceptable incluso en el día del Orgullo Gay). Más tarde, en la tele aparecía otro Curro fugándose del Sistema en unos anuncios de vacaciones organizadas. Por favor, ya vale de *Love Parades* y de turismo revolucionario.